

Providencia y otros textos

Álvaro Cepeda Samudio

Colección **Roble Amarillo**



Editorial

Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972)

Reconocido escritor y periodista barranquillero, recordado por sus crónicas, columnas y reportajes que aparecían en periódicos como *El Nacional* y *Diario del Caribe*, del que fue director; sus temas abarcaban cine, política, literatura y problemáticas sociales. También destacó como cuentista, y en 1954 fue publicada una compilación de sus relatos en el libro *Todos estábamos a la espera*. A este le siguió su novela *La casa grande* (1962) y una segunda compilación titulada *Los cuentos de Juana* (1972). El cine fue otra de sus grandes pasiones; filmó tres documentales sobre Barranquilla y el cortometraje *La langosta azul* (1954).

La obra literaria de Cepeda Samudio es elogiada por su lenguaje expresivo y bien estructurado, así como por la originalidad de sus historias. Fue miembro del Grupo de Barranquilla y precursor del *boom* latinoamericano, que surgió a mediados del siglo XX.

Providencia y otros textos



Álvaro Cepeda Samudio



Editorial



Colección Roble Amarillo

Tomo 17
Noviembre, 2019

Contenido

- 5 *Prólogo*
- 13 *Las gentes*
- 19 *Los caminos de la isla*
- 24 *La otra isla*
- 28 *Providencia*
- 32 *El archipiélago recobrado*
- 38 *Viaje por el litoral del Magdalena*
- 45 *El mar pueblerino*
- 48 *Ciénaga*
- 52 *Azorín*
- 55 *En el margen de la ruta*
- 59 *Tres estampas*
- 64 *Pueblos*
- 68 *El pueblo de Lilia*

Prólogo

Crónicas, minicrónicas o postales de viajes son estos textos de Álvaro Cepeda Samudio. Sus dotes de periodista y escritor resaltan con sus frases cortas, en una economía en el lenguaje que lo vuelve certero, sin rodeos, y al mismo tiempo con una precisión poética en sus pinceladas. Su voz describe lo visto con palabras diferentes: “Fuera del vagón el frío se apretuja contra los cristales de las ventanillas”.

Cepeda Samudio sabe utilizar el Periodismo Narrativo en sus trazos, sus descripciones son justas, sin alargarse. Sabe escoger las palabras. No hay imágenes o frases gastadas, ni manidas. En pocas líneas alcanza a traslucir emociones. Nos hace mirar un puerto gastado en medio de la noche donde “La niebla borra los últimos perfiles con su trapo gris”.

El académico y crítico francés Jacques Gilard recopiló estos textos periodísticos juveniles, directamente de los periódicos de la época, publicados entre 1944 y 1955, en total fueron 204. La mayoría fueron publicados en el diario *El Nacional* y algunos en *El Herald*. Hoy tenemos acceso a ellos, gracias a su arduo trabajo. Su compendio lo encontramos en el libro *En el margen de la ruta* (Oveja Negra, 1985), título en homenaje al nombre de una de sus columnas.

Para esta edición, se escogieron las publicaciones que implicaran algún viaje por el Caribe colombiano: a las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, a Ciénaga, al litoral del Magdalena y a Puerto Colombia; y por el Ecuador: a Guayaquil, Cuenca, Riobamba y algunos pueblos.

Gilard resalta en el prólogo el valor testimonial y la referencia al escritor español Azorín: “El nombre de la primera columna de Cepeda, columna que efectivamente surgió ‘en el margen’ de su viaje al Ecuador, parece ser una referencia a dos títulos de Azorín, *La ruta de don Quijote* y *Al margen de los clásicos*, según lo recuerdan Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas” (1985, p. XI). Por eso, su columna *Azorín* es incluida en esta selección, por la influencia que tuviera en las crónicas de Cepeda Samudio,

a la hora de describir los paisajes y la forma de narrar sus viajes.

En su crónica sobre Cuenca, compara la ciudad ecuatoriana con Puerto Lápiche de Azorín. También hay otros escritores de viajes que Cepeda Samudio menciona y que tuvieron influencia en él: Pío Baroja y William Saroyan. Y otros autores caminantes que se desplazan entre pueblos, como lo hace el mismo Cepeda Samudio en esta recopilación de literatura de viajes: “Caminar a gritos como Baroja. Caminar lleno de canciones como Alberti y Federico. Caminar seguramente como Cela. O caminar dando tumbos como Valera”.

Séptimo círculo era el nombre de la columna de *El Nacional*, donde escribió los textos dedicados a Providencia, San Andrés y Santa Catalina. Son un recuerdo de lo que ya no es la isla de San Andrés, de cómo la comenzó a transformar el Puerto Libre. Nos remiten a las columnas *Meridiano 81* y las crónicas que escribía Hazel Robinson para *El Espectador* entre 1959 y 1960, en las que quería mostrarle al resto de Colombia cómo eran las islas, contadas desde la visión de una persona nativa.

Las columnas de Cepeda Samudio sobre las islas son crónicas, tienen más longitud, diálogos, reflexiones, críticas,

ironías y un cierto humor para lograr trasladarnos mentalmente y ser observadores de sus impresiones. Sus textos son más complejos, con una dualidad y ambigüedad al ser narrados. En 1953, Cepeda Samudio había sido invitado al archipiélago, con un grupo de periodistas, con motivo de la visita oficial del dictador Gustavo Rojas Pinilla, quien había dado un golpe de estado al presidente Laureano Gómez.

Providencia es una crónica cargada de ternura, de movimiento, sentimos los redoblantes del tambor de un niño: “Me gusta esta isla porque está llena de niños, y además porque no he visto a nadie tocar con tantas ganas un tambor como a Felipe Rinkel”. En *Providencia* aparecen piratas, bucaneros, los cerros de la isla. Es una postal enternecida y viva de la isla.

Del viaje nacen estos escritos que muestran la dualidad de los isleños de querer pertenecer a Colombia para no sentirse olvidados y la denuncia de que Julio Gallardo es el continental “dueño de medio San Andrés”, y quien los ha echado de lado. Realiza críticas irónicas con humor, sobre el hombre que quiere volver turística a San Andrés a cualquier precio: “Pero Julio Gallardo logró venderle un vestido de baño a Camargo Gámez, otro a Juan Goenaga y un jugo a Mosquera García”.

Tiene vigencia la columna, *Las gentes*, de Cepeda Samudio. Es una crítica actual a la dinastía Gallardo, sus tentáculos están en todo el archipiélago y uno de sus sucesores, Nicolás Gallardo, aspiró a ser el gobernador del archipiélago en el 2020.

Cepeda Samudio alcanzó a captar la esencia de los isleños, los cambios que les traían los continentales:

Aquí donde el odio era desconocido, tuvieron que traerlo de fuera.

—Otros continentales vinieron antes y están todavía aquí... Lo empujan a uno. Y llega un día cuando uno se cansa.

Yo miro a los isleños con su alegría inofensiva y no puedo explicarme a qué vinieron esos otros continentales de que me hablan.

Es una crítica inteligente, muestra lo que tal vez quiere ser oído por quienes llevaron a los periodistas en la fragata de la Armada, y también, a los isleños y sus sentires, escribe de sus nostalgias, de que pronuncian en “un trabajoso y duro español: ‘Viva el presidente. Viva Colombia’”.

Sobre lo que implica para ellos ser de Colombia, estaban olvidados, no manejan el español: “Asombrados de ver

por primera vez a su presidente, pero sin entender una palabra del discurso del general Rojas Pinilla”.

En los colegios: “Se han abandonado los textos en inglés y los nuevos textos tienen retratos de los creadores de nuestra historia y pequeños relatos de sus hazañas”. Historia que no es la de ellos. Y su propia historia no se cuenta. Es otra colonización. Punto que podríamos relacionar con lo que señala la escritora sanadresana Hazel Robinson en su libro *El príncipe de St. Katherine*: “La presencia del Estado colombiano se limitaba a la bandera izada en las instalaciones gubernamentales” (2009, p. 9).

En Puerto Colombia, *El mar pueblerino* es una estampa, una esquila, una postal de lo que ya no es, de la nostalgia. *El mar pueblerino* podría ser tomado como un poema en prosa. Un poema actual con nuestro muelle que deriva por encima y por debajo de ese mar al que “no le dejan el recurso de la melancolía”. No es el mar de postales, él dice que no tiene melancolía, pero el texto lo es, ese sentimiento nos deja. También sus detalles a veces pueden sonar burlescos, como el de *Ciénaga* (pueblo en el que vivió algunos años de su infancia): “palabras de sermones domingueros que rompen la misma nata en las comisuras de los labios de los curas viejos”.

Cepeda Samudio sobre el Ecuador escribe los textos *Al margen de la ruta*, *Tres estampas*, *Pueblos* y *El pueblo de Lilia*. Con la continuación de sus pinceladas poéticas: “Doce y treinta. La noche está completa ya y se detiene entera sobre el río”. Podríamos considerar a *Pueblos* con su apartado *Riobamba* como un minicuento. Estos textos son postales, ‘estampas’ como él denomina algunos subtítulos y palabra que incluye en sus escritos.

Son pues, estas columnas de Cepeda Samudio una parte de la literatura de viajes por el Caribe colombiano y por el Ecuador a mediados del siglo XX. Unas vivencias, retratos y postales para ser leídas y sentidas en el recorrer de pueblos, de ciudades pequeñas, en trenes entre montañas, en barcos que recorren caños, y mares: “donde las playas toman colores inverosímiles y las lenguas de arena azul-rojiza abren fantásticos caminos bajo el agua transparente”. Para sonreírnos con sus frases cargadas de poesía, de crítica, de una mirada detallada que nos acercan a un mundo que a día de hoy nos suena cercano y nostálgico al mismo tiempo.

ADRIANA ROSAS CONSUEGRA

Barranquilla, 21 de octubre de 2019

Séptimo círculo

Las gentes

Las gentes de la isla son alegres. En el Bar Tropical, siempre hay un bar en cualquier pueblo, que también tiene el patio abierto sobre el mar, se han reunido los isleños a celebrar este domingo que no estaba en los almanaques. Estos hombres lanzan al aire sus brazos largos como mástiles y se abrazan a gritos. Si uno no está acostumbrado a esta tremenda efusividad isleña, podría creerse que están al borde de una trifulca cuando en realidad sólo están para tanta alegría y los isleños tienen que salirse a la calle (...)¹ anchos gritos y la música de sus maracas primitivas.

¹ Ilegible, roto, mutilado o hace falta una página, tal como aparece en *En el margen de la ruta*, compilación de Jacques Gilard (Oveja Negra, 1985).

A lado y lado de la única calle se levanta la isla en amplias casas de madera, siempre de dos pisos que recuerdan los pueblos norteamericanos. Porque hay sectores de San Andrés que parecen trasplantados de alguna parte del sur de los Estados Unidos.

En una de estas casas vive Millicent Archibold con su nombre para un cuento y sus anchas pantuflas de palma. Y en su tienda se reúne por las noches un grupo de isleños a bailar calipsos y a tomar lentos tragos de ron picante. Los músicos, que son tres, van llegando los primeros con sus guitarras y una trajinada dulzaina. Cuando la monotonía del calipso comienza a colarse por las grietas de la casa de Millicent Archibold ya estamos apretados contra las paredes esperando que Joe Rodríguez termine de bailar para entregarle su sombrero y su botella y que él nos entregue su pareja. Porque aquí no invitan a nadie. Los músicos tocan entre sí, y cuando alguno se cansa, otro ocupa su silla y la música nunca para de sonar. Usted entra también porque sí, baila y puede irse o quedarse sentado sobre las mesas para que haya más espacio para las parejas, todo el tiempo que quiere. Aquí, en casa de Millicent Archibold, mejor que en

cualquier otra parte, puede verse cómo son de sanas y amigas las gentes de la isla. Los hombres entregan sin reservas sus sonrisas de colombianos alegres y hermanos y las muchachas cuentan que una vez estuvieron en el continente, es decir, en Cartagena.

Pero la isla, que había sido olvidada por todos, fue recordada por la violencia. Aquí donde el odio era desconocido tuvieron que traerlo de fuera.

—¿Ustedes son también del continente?

—Sí, es decir, de Colombia.

—Otros continentales vinieron antes y están todavía aquí.

—¿Y qué hacen?

—Lo empujan a uno. Y llega un día cuando uno se cansa.

Yo miro a los isleños con su alegría inofensiva y no puedo explicarme a qué vinieron esos otros continentales de que me hablan.

El cine de San Andrés tiene dos cosas originales: el nombre y las películas que exhiben. El nombre del cine es “Caribe” como si las gentes no se cansaran nunca del mar. Y el día que estuve en la isla mos-

traban *Los árboles mueren de pie*, de Casona, y con López Lagar. Yo pregunto si la mayoría del pueblo entiende español. Me dicen que a medias. Nadie pudo explicármelo, pero en el “Caribe” siempre exhiben películas en español.

La casa del padre de Antonio Newbold es diferente de las demás. Quiero decir que sólo tiene un piso y es de ladrillos y cemento. La casa no la han terminado todavía pero había allí tres camas bien dispuestas. Y cuando Antonio Newbold llegó por la mañana nos encontró en su casa. No era para nosotros. En realidad él mismo no sabía quién la ocuparía. Como estábamos muy cansados, simplemente entramos y nos acostamos. Esto le pareció muy bien a Antonio Newbold.

—Era para un ministro.

—Nosotros sólo somos periodistas.

—Da lo mismo, sirvió para algo que (...)².

Y siempre el mismo orgullo de ser colombiano y la misma alegría sana y sencilla.

² Ídem, p. 13.

Los estudiantes miran el balcón vacío de la casa intencional con los ojos llenos de lluvia. Sobre sus vestiditos blancos comienzan a caer gotas coloreadas de banderas. Los viejos han perdido la cuenta de los años que llevan esperando. Y esta espera ha sido contagiada a los pequeños que luchan con un idioma nuevo en una escuela nueva. La lluvia ha comenzado cuando pasamos frente a Hiness Key y todavía estábamos asombrados del paisaje transparente. Cuando desembarcamos y caminamos la doble fila de estudiantes que nos miraban incrédulos, la placita con su busto verde de Bolívar se protegía debajo de los almendros, tuvimos miedo de que el charlatán de siempre recordara la famosa frase.

Julio Gallardo se ha sentado sobre la isla. Hacía diez años que había comenzado el *hobby* de invitar presidentes a que vinieran a San Andrés. Cada nuevo presidente recibía la visita de Gallardo instándolo a que viniera a la isla. Todos aceptaban en principio, pero no vinieron nunca. Al general Rojas no logró verlo: él sí vino. Gallardo es dueño de medio San Andrés y es muy probable que controle gran parte del otro medio. Podría convertirse en un gran agente de turismo, si

Chelo de Castro le da la oportunidad. Nunca he oído a alguien hablar tanto y tan seguido sobre un mismo tema, San Andrés, como a Gallardo. Pero en realidad el archipiélago se basta a sí mismo en materia de propaganda. Pero Julio Gallardo logró venderle un vestido de baño a Camargo Gámez, otro a Juan Goenaga y un jugo a Mosquera García. Para él, un gran comerciante, ese fue el día de su mejor triunfo.

El Nacional, noviembre de 1953

Los caminos de la isla

Hacía mucho tiempo que esta isla de San Andrés había tomado forma definida dentro de mí. Antes de desembarcar en su muellecito de madera, ya estaba en el recuerdo. Una serie de voces de muchachas traían historias de la isla, que por su paisaje yo quería situar, mejor que en el Caribe, junto con sus hermanas del Pacífico Sur. Pero San Andrés, con un recuerdo apenas de palabras llenas de cocoteros y de playas blancas, es ahora una agradable realidad.

En San Andrés, como en todos los pueblos que no quieren dejar de serlo, hay una sola calle. Pero esta calle que comienza en el mar y se trepa por toda la isla y recorre todos los sitios para hacerlos uno solo, también termina en el mar, como las casas. Porque

asomarse al patio de una casa en San Andrés es casi comenzar a navegar.

Digamos, sólo es un decir, que la Avenida Duarte Blum comienza en el radiofaro inaugurado por el presidente Rojas y que pone la isla en la ruta de los aviadores que antes no podían encontrarla cuando había nubes. Y digamos también que termina en la hondonada de la bahía de Cove.

Pero para llegar a Cove hay que andar por un camino abierto entre cocoteros y flanqueado por isleños de overoles azules que ven secarse la copra en largos andamios. Hay que pasar por San Luis y ver cómo una pareja de niños detiene el carro del Presidente para regalarle un montón de flores silvestres. La lluvia que cae constantemente moja sus vestidos blancos de domingo, y precisamente porque no lo es, hoy es más domingo en los asombrados ojos de los isleñitos.

En todos los caminos, sobre todas las ventanas, hay pequeñas banderas de la patria y un tremendo orgullo de saberse colombianos. Una vieja que no creía

que el Presidente hubiera llegado a la isla y que tuvo que verlo pasar, se acerca al regreso con un ramo tosco de cayenas:

—Sí, vino el Presidente.

—Sí, aquí está, es aquel que va en el carro negro con una dama vestida de blanco y de sonrisa bondadosa, doña Carola.

—Lástima que sólo tenga este ramo feo para darle.

—No importa; es suficiente, él se lo agradecerá.

Y fue suficiente. El General se ha bajado del carro para recibirle las flores a la isleña: son dos grandes colombianos orgullosos de la patria: el Presidente y la vieja isleña.

Andando por estos caminos bajo la lluvia, también se llega a la cárcel. La cárcel es un caserón feo y viejo y sin razón como todas las cárceles. Cuando llegamos, el director había hecho formar en fila a los siete hombres que a pesar de todo están alegres porque ellos también van a ver al Presidente, a su Presidente.

Mat Robinson tiene 77 años y hace diez meses que está preso sin él saber bien por qué. Lo condenaron a

solo cuatro meses pero hace diez que está ahí. Da un ancho paso hacia adelante y comienza a decir:

—Mr. Presidente...

Cuando ha terminado su pequeña historia hay desconcerto y rabia en los ojos del General Presidente por tanta injusticia y abandono de los más elementales derechos del individuo por parte de unos tribunales ineptos. Camargo Gámez también tiene rabia.

—Suéltelo, General, usted puede hacerlo.

—Sí.

Cuando el hombre alto, negro y viejo, pidió permiso para dar las gracias, todo pareció más claro en Colombia. Y yo creo que nunca fue más grande el General que en este momento, cuando hizo prevalecer la justicia y los derechos del hombre más humilde en el más lejano y olvidado de los territorios de la patria.

De regreso, otra vez siempre bajo la lluvia y por entre palmeras dobladas de cocos, hay más bulla en la camioneta de los periodistas. Chelo de Castro es más barranquillero que nunca con sus metáforas de gomeros de agencia postal. Villar Borda está definitivamente despierto detrás de sus lentes de periscopio. Camargo Gámez en su corpachón gran-

de de hombre bueno, es el más alegre de todos. Y ya ni siquiera menciona el vestido de baño que le vendieron. Yo no hago sino mirar los charcos del camino y las casas que lo bordean, ahora sí totalmente llenas de gentes colombianas. Hay más bulla en la camioneta de los periodistas: hemos visto cómo un hombre ha hecho que haya justicia nuevamente en Colombia.

Los caminos de San Andrés, como ya dije, son uno solo. Comienzan en el mar y terminan en el mar. Y las gentes que se asoman a las puertas de sus casas de madera también son una sola: son colombianos. Y la alegría de las banderitas de papel en las que la lluvia ha mezclado los colores, es la alegría de la patria que ha conquistado para siempre un pedazo de tierra que habían dejado olvidado en el centro del Caribe.

El Nacional, noviembre de 1953

Séptimo círculo

La otra isla

Me hubiera gustado escribir esta nota en inglés para poder hablar del almirante Padilla como de “ella”. Porque para los ingleses la palabra “barco”, como todas a las que uno puede referirse con amor, es femenina. Los barcos no son sino islas que se cansaron de estarse quietas y de pronto se echaron a andar.

Y esta es una excusa para también en español nombrar a los barcos en femenino.

Hacía casi dos días que no veíamos a la Padilla. Se había ido a fondear a la bahía de Cove porque en la de San Andrés los vientos son muy fuertes. Y Cove queda al otro extremo de la isla. Y queda también al final de un camino sobre el cual parece que lloviera siempre. Cuando al fin llegamos al desembarcade-

ro, ya estaban los botes esperando y a los dos golpes cortados y alegres de la campana comenzamos el alegre regreso a la fragata.

Jorge Berrío está en la cámara de oficiales leyendo quizás un clásico francés. Y otra vez me digo que se parece a Naguib.

—¿Le hemos hecho falta, comandante?

Esta pregunta es el resultado de una anécdota que, como los gomeros de agencia postal, es ya de obligada referencia entre los periodistas que fuimos a las islas.

—Al menos sí había estado tranquila la Padilla, ¿no mi comandante?

—Claro. Pero díganme, ¿qué fue lo que más le gustó de las islas?

—Volver a la fragata.

Yo creo que era imposible expresar con mejor propiedad lo que pensábamos los periodistas en ese momento.

Porque al capitán Jorge Berrío le debemos el descubrimiento de algo tan colombiano y tan desconocido como el mismo archipiélago: la Armada y sus hom-

bres. Podría comenzar a citar nombres y a contar recuerdos agradables para concluir diciendo que no es posible encontrar mejores patriotas, más capaces oficiales y caballeros más cabales que este grupo de amigos que nos mostraron cómo es la marina de Colombia. Pero todavía eso no sería todo. Podría hablar también del teniente Magín Ortiga y su quieta manera de dominar todos los temas en discusión. O de la capacidad técnica de Álvaro Vargas y de cómo le invadí su camarote lleno de libros y tratados de ingeniería. Podría decir también que “El Lobo” López sabe manejar de tal manera el sol y las estrellas que ellas le dicen dónde quedan todos los puertos del mundo. Pero aun eso no sería todo. Porque no son hombres individuales, sino un grupo de hombres que andan en esas otras islas, cumpliendo silenciosamente su deber y haciendo que cada colombiano que los conozca como yo los conocí, se sienta más orgulloso de serlo.

El mar, llegamos a la conclusión después de las tremendas historias que nos contaban, no se portó a la altura de la fama que le habían dado. En toda la travesía ni levantó mucho sus maretas ni zarandeo tan

violentamente a la fragata. O fue que ésta, sabiéndonos a nosotros a bordo, quiso mostrarnos que ella estaba también a la altura de las atenciones de sus oficiales y estuvo más quieta que en otras travesías.

Yo no creo mucho en la historia, me gusta más la que no usa fechas y documentos y que respeta a la leyenda. Pero dicen los textos que Colón, cuando primero vio a San Andrés, se mostró desilusionado. “Y haber venido todo este camino para encontrar esto”, parece que fueron las palabras del equivocado navegante. Todos estos apuntes no han tenido en realidad un objeto distinto que demostrar que Colón también con nuestras islas se equivocó lamentablemente.

El Nacional, noviembre de 1953

Séptimo círculo

Providencia

En Providencia hay un colegio y en este colegio hay un niño que tiene un tambor. Imagino que también los domingos Felipe Rinkel desfila por la calle de Providencia tocando su tamborcito. Para recibir al General, su Presidente, Felipe Rinkel se ha puesto su vestido blanco de uniforme y al frente de todos los niños de la isla ha iniciado el desfile hacia la casa del corregidor, que ahora se llama alcalde. Los escasos doscientos pasos que separan esta casa del desembarcadero están marcados por una doble hilera de colegiales que sostienen orgullosos sus banderines de papel. En Providencia no llueve. Cuando el presidente Rojas Pinilla se asoma al largo balcón para saludar al pueblo, los niños de la isla comienzan a cantar un himno que les han enseñado para esta ocasión. Me gusta esta isla porque está llena de niños,

y además porque no he visto a nadie tocar con tantas ganas un tambor como a Felipe Rinkel.

* * *

Antes de entrar en la bahía de Providencia hay que pasar primero por la Cabeza de Morgan. La gran roca hace prodigiosos equilibrios sobre su agudo pedestal. Y cuando hay marea baja pueden verse las entradas a las cuevas donde asegura la leyenda que Morgan escondió muchos de sus tesoros. Y digo muchos porque alguna parte hubo de llevarse a Jamaica, naturalmente. Pero la gente de Providencia no está muy interesada en la historia. De que hubo piratas por estos lados, los hubo. Morgan es un bonito nombre para una roca: lo demás lo suple la leyenda.

La presencia de piratas alguna vez está corroborada por la comida típica de la isla: la carne bucanera. Debajo del triángulo de horcones cuelga la carne recién cortada. Y a intervalos regulares es rociada con el “complemento”.

—¿Qué ponen en esa salsa?

—En realidad no sabemos: es invención de los gringos.

Como nadie sabe quiénes son estos gringos, yo supongo que es una manera que tienen en esta isla de llamar a los piratas.

* * *

En Providencia apenas si los cerros dejan espacio para el mar. Aquí la calle también comienza en el mar, pero termina en los cerros. Hacia el centro de la isla, si usted no sube mucho y el mar no le vuelve a salir al paso, podría creerse que este es un valle como cualquier otro en el continente. Las pequeñas haciendas rodeadas de pasto verde y de ganado parecen que nunca hubieran visto el mar. Desde el centro de la bahía, la isla parece un muestrario de montañas: como si alguien hubiera ensayado formas (...)³ primero para luego llevarlas a otros países. Las hay co(...)⁴ das a escuadra, o agudas como agujas, o

³ Ídem, p. 13.

⁴ Id.

redondas como mujeres. Y los cocos silvestres alcanzaron a llegar hasta Santa Catalina.

* * *

Santa Catalina es la isla que cierra la bahía de Providencia. Sus pocos habitantes tendrán que atravesar el estrecho lago que los separa de Providencia y mudarse para allá con sus canoas y sus machetes. Sucede que Santa Catalina es la única parte plana que hay por estos lados y allí se construirá la pista de aterrizaje. Sobre el alto fuerte que vigila la entrada a esta bahía se mueve apenas un pequeño pabellón colombiano. A su lado, un par de cañones oxidados que algún pirata dejó olvidados allí miran inofensivamente hacia el mar.

El Nacional, noviembre de 1953

El archipiélago recobrado

El Archipiélago de San Andrés y Providencia, los dispersos islotes que apenas asoman fuera de las aguas increíblemente cristalinas su desordenado penacho de cocoteros, y los cayos que alternan nombres que hacen pensar que los isleños no han podido decidirse por un idioma, forman un curioso territorio que hasta hace apenas una semana bien hubiera podido pertenecer a cualquier nación del mundo con tanta propiedad como a Colombia. Pero había un sentimiento unilateral del cual no se tenía la menor idea en el país continental colombiano, la terquedad afanosa de los toscos isleños por ser colombianos. Y es precisamente este sentimiento, tan ignorado como las islas mismas, lo que ha mantenido tan fuertemente ligada al nombre de Colombia como patria a una pintoresca y bella región colombiana que nació

en un extremo del Caribe y que el azar marcó con una nacionalidad hasta ayer desconocida.

“ES TAMBIÉN MI PRESIDENTE”

Yo creo que nunca antes había visto nadie una más sincera y ardiente demostración de alegría patriótica que la que vimos en San Andrés, cuando bajo la lluvia y con sus banderines tricolores destiñéndose en sus manitas morenas, y una momentánea tristeza en sus ojos redondos, los pequeños estudiantes gritaban en un trabajoso y duro español: “Viva el Presidente. Viva Colombia.”

Y fue mezclándose entre estos estudiantes humedecidos por una lluvia que no pudo quitarles su alegría, como yo vi la más grande muestra de orgullo colombiano de que he hablado. Asombrados de ver por primera vez a su presidente, pero sin entender una palabra del discurso del general Rojas Pinilla, la mayoría de los isleños se apretaban frente al grisáceo y feo edificio intencional donde chilla un complicado e incómodo mobiliario japonés que fue rescatado de un barco que encalló frente a la isla en 1912. “¿Cómo

le parece mi presidente?, le dije a un viejo a quien le había explicado el discurso del General. “Me gusta, me gusta mucho: y es también mi presidente.”

LOS NOMBRES

Como ya dije, los nombres de los cayos y de los islotes no saben si ser ingleses o españoles. En el grupo que rodea a San Andrés se mezclaron el islote de Bolívar y Albuquerque con Cotton Key, Ross y Hiness Key, donde las playas toman colores inverosímiles y las lenguas de arena azulrojiza abren fantásticos caminos bajo el agua transparente. Hiness Key cierra la desguarnecida bahía de San Andrés en una extensión de aproximadamente tres kilómetros de deshabitados cocoteros y podría convertirse en una de las playas más famosas del mundo, cuando San Andrés sea el centro turístico que el presidente Rojas Pinilla se ha propuesto hacer.

El grupo de Providencia, que está situado a unos doscientos kilómetros del de San Andrés, está formado por islotes y cayos con nombres enteramente españoles: Santa Catalina, Serrana, Serranilla, Ron-

cador, Quitasueño, y el pequeño y arisco promontorio con un nombre que debería hacerlo más bonito: Alicia.

Y es precisamente por estos islotes de Providencia por donde se dice que anduvo Morgan escondiendo sus tesoros. Pero esto es ya otra historia: una historia de piratas y cuevas que al dejarlas descubiertas la marea, permiten ver intrincados pasadizos que deben conducir a los tesoros que los piratas escondieron alguna vez.

PEQUEÑA HISTORIA

La historia de estas islas no es tan pintoresca como sus paisajes. Si es cierto o no que Providencia fue refugio de piratas, de esto sólo queda la carne bucanera que cuelga sobre las fogatas en las chozas de los isleños. Pero lo cierto es que no hay nada concreto en el descubrimiento del archipiélago. Se presume que estas islas fueron avistadas por Colón en su cuarto viaje, cuando descubrió también la isla Mosquitía, situada al este de Nicaragua.

LAS ABACOAS

Las islas se encuentran por primera vez en las crónicas con el nombre de Abacoas, nombre tomado de los indios que las habitaban y cuyas características raciales han desaparecido casi por completo. Sólo hacia el centro de Providencia, donde se cultivan las naranjas y se crían los escasos ganados, pueden advertirse rasgos indígenas que se mezclan con el bien definido negro del Caribe.

LO COLOMBIANO

Pero si la historia del archipiélago está deslindada de la del continente colombiano, los habitantes de estas islas tienen el orgullo —cuyo origen es también inexplicable— de ser colombianos. Los propietarios de las tiendas de San Andrés o de Providencia pueden llamarse Rankin, Archibold o Newbold, pero los letreros que cuelgan de los balcones de madera son siempre “Almacén Bogotá”, “Tienda Medellín” o “Barbería Colombia”. Y en su inglés roto gritan a grandes palabras marinas las leyendas de las placas de los bustos de Bolívar y Santander, menos claras que los mares de sus bahías.

EL IDIOMA

En el colegio de San Andrés, donde las amables maestras isleñas luchan por enseñar español a los pequeñuelos que entran cada mañana con sus pantalones blancos y sus botas de futuros marinos, se está haciendo el más efectivo esfuerzo para vincular al continente y a su sistema de vida a los habitantes del archipiélago. Se han abandonado los textos en inglés y los nuevos textos tienen retratos de los creadores de nuestra historia y pequeños relatos de sus hazañas.

Pero ha sido la visita del presidente Rojas Pinilla el hecho que ha mostrado a los isleños que su larga y paciente espera de colombianos ignorados, de hermanos perdidos en el centro del Caribe, ha terminado definitivamente. Ellos son, como lo dijo el General en su discurso frente a los asombrados sanandresanos, “tan colombianos como el Capitolio Nacional”.

El Nacional, noviembre de 1953

Viaje por el litoral del Magdalena

SALIDA

El barco lanza al aire un estridente pitazo prolongado, sus tubos de escape de vapor silban roncros, y empieza a moverse lentamente. Sigue, siempre lento, avanzando por el canal sinuoso bordeado de barcos altivos o varados esqueletos. A la salida del canal, el río enorme se traga al vaporcito. En la extensión de las aguas es un juguete brillante que lanza al aire bocanadas de humo, salpicadas de estrellitas candentes que se oscurecen antes de ahogarse. Jadean las máquinas por el esfuerzo; los tubos escupen vapor con ira y la rueda de tablas transversales escandaliza la silenciosa y ondulada superficie.

Desde el centro del río, contemplada en una noche sin luna, Barranquilla es un hervidero de luces de todos los colores. Hacia el lado izquierdo, como una abotonadura de plata, brillan las luces del Terminal: luego de un descampado oscuro se disparan hacia el cielo dos lenguas de fuego brillante que son como cascadas⁵ - das de luces: son las torres de la iglesia de San Nicolás que se visten de bombillos durante los días de las festividades del Santo. En el centro, dos letras anaranjadas y diminutas dan vueltas constantemente. Dos brochazos de luces verde y amarilla —los avisos Firestone y Goodyear— son dedos en la oscuridad. En el fondo parpadean los montoncitos de luz de los barrios altos.

El río deja escapar el juguete luminoso por un canal lateral. Al son rítmico de los ruidos de la máquina avanza lentamente sobre camino recto y movable. En las charcas de las riberas anegadas se mira la noche.

⁵ Ídem, p. 13.

CIÉNAGA

Al entrar en el ancho canal que remata piadosamente la imagen blanqueada de la Virgen, termina el penoso viaje por los caños angostos infestados de mosquitos y calor. Ciénaga duerme cobijada por la sombra tutelar de la Sierra y arrullada por el mar a sus espaldas. El puerto es un oasis diminuto en medio de extensos playones anegados. A lo largo del terraplén del muelle una serie de faroles melancólicos iluminan débilmente con una luz amarillenta. Surge de pronto, violentando los contrastes, la inmensa masa gris de contornos imprecisos que se traga la calzada: la Sierra Nevada. Los tenues resplandores del sol que va naciendo, precisan las líneas vagas de la mole. Se van desdibujando y aislando las formas de los cerros de esta dominadora elevación, que abarca todo el horizonte, naciendo por el lado del mar y muriendo hacia el Este. Cuando el sol aparece definitivo, se descubre a nuestro lado el mar, vagamente plateado a esta hora y coronado de crestas espumosas que no vemos desvanecerse. La vista deslumbrada va subiendo por el paisaje de la Sierra, escalonada de cerros de contornos suaves, surcados

por las aguas, hasta detenerse en la punta acanalada del cerro más alto que se divisa desde el puerto: el cerro de la Horqueta, que tal parece quisiera seguir elevándose cuando se apoya en las alturas que lo circundan.

El viajero es conducido sobre una calzada ancha, limpia y plana, bordeada de arbolillos raquíuticos. Se alza la vía en medio de miserables casas que se hunden lentamente en el barro que las rodea. Aflora del pantano como una línea oscura de inconformidad. Este contraste violento, lo que nace y lo que desaparece, es la transición hacia el progreso, fase por la que pasa actualmente la ciudad. Se rompen en esta calzada los principios democráticos: sólo se permite sobre ella el tránsito de los automóviles —la aristocracia— mientras que los carros de mula o bueyes —el pueblo— se arrastran tranquilos sobre el barro del lado derecho.

Se extiende luego la ciudad sobre un playón salitroso⁶

⁶ Ídem, p. 13.

...puñar el remo o destrenzar el anzuelo o la atarriya, sino que mochila al hombro y machete al cinto se embarcaba en el vagón del tren que lo conducía a la finca en la zona, donde trabajaba la tierra o cortaba racimos de banano.

Esta voluntaria ignorancia del mar es uno de los factores que más directamente concurren a empeorar la situación económica de la población. Puesto que de haber existido cierto equilibrio entre la población agrícola y la población pesquera, la una el trabajo (sic) la otra supliría en parte la entrada faltante. (Ciénaga era la imagen económica de Colombia. Vivía de la Zona Bananera, su economía dependía totalmente de ella, como acontece a Colombia con el café, faltó la exportación del banano y se derrumbó de un golpe su sistema económico. Sin ser pesimista el viajero comprende que tal será la situación del país si se suspende la exportación del café.)

Está tan arraigado en la mente del cienaguero el total desconocimiento del mar, que hoy, que se halla en la ruina por el desastre de la Zona, se ve al hombre que fue trabajador de las fincas, deambular por

las calles, hambriento y haraposo, morirse de hambre antes que ocurrírsele arrojar al mar una atarraya o un anzuelo. Y es más, la totalidad de pescado que se consume en la población es traído de un pueblecito cercano, Pueblo Viejo, casi nunca pescado en la bahía.

Este hombre arruinado que va a la playa a soñar con el fin de la guerra y la vuelta a la holgura con el regreso de la Compañía Frutera, ve surgir del seno de su mar, en vez de la redada rica en peces que brillan al sol, el espejismo ilusorio de la mata de guineo.

A pesar de ese desconocimiento, el mar se asoma a las calles de la ciudad, dándole a Ciénaga su condición de ciudad marina. Su suelo salitroso en extremo, su sol ardoroso y brillante, su clima sofocante refrescado en las noches por brisas con olor a yodo, la denuncian así. Aunque lo ignore económica y materialmente, el mar se posesiona del espíritu del habitante, ejerce sobre él una influencia fundamental, en su carácter, en su psicología. Qué, si no el mar, hace del habitante de Ciénaga ese ser simpático, generoso y derrochador cuando tiene, o estoico y resig-

nado cuando está en la pobreza, y siempre decoroso. El cienaguero huye del mar en materia, pero este lo posee en el alma.

Son los poetas los que más intensamente perciben las influencias del elemento dominante en el paisaje. Estos seres expresan el sentido de un conglomerado. Gregorio Castañeda Aragón, que es la más destacada figura en la poesía marina, es cienaguero: el mar lo obsede instintivamente.

Se desenvuelve, pues, el tipo psicológico dentro de estas dos influencias perennes del paisaje. La sierra lo subyuga, lo atrae, lo hipnotiza, haciendo gala de su exuberancia y mostrándosele a toda hora provocativa y fructífera. El mar se contenta con asomarse al centro de la ciudad y en refrescar su sueño. Ven-ce la montaña, y el habitante va hacia ella, empero llevando el mar en el alma, llevando una influencia ingénita.

Publicaciones estudiantiles (1944-1945)

El mar pueblerino

Este mar de mi tierra es un mar pueblerino.

Sus olas son siempre tímidas y pequeñas y nadie le teme.

Y es porque este mar adolescente nunca ha podido hacer naufragar ni a los más frágiles barquichuelos que abren surcos sin futuro sobre su piel cambiante. Por esto nadie le teme.

Pobre mar pueblerino al que sacan con altaneros escobazos de las estrechas salitas en las casetas olorosas de los pescadores.

Sobre su linfa quieta se tiende el largo muelle inútil. Y el muelle ocioso se va muriendo lentamente como

un gran cetáceo olvidado. Sobre su linfa quieta es una herida oxidada el largo muelle tendido.

El pobre mar pueblerino ni siquiera tiene un paisaje de mar. Sobre sus ondas serenas, sin pretensión de azul, el horizonte inmóvil se olvida de cambiar los paisajes. Como un tramoyista que se ha quedado dormido, el horizonte deja que transcurra la comedia sin cambiar los decorados.

Y cuando alguna vez se acuerda de que es horizonte y trata de ensayar crepúsculos, todos le salen mal.

En las tardes lentas los ojos buscan afanosamente un paisaje para justificar tanta agua inútil. Con su paisaje sereno, sin pretensión de azul, sin albear de velas blancas, sin fuga de mástiles ni procesión de nubes, el paisaje de este mar pueblerino es un paisaje tibio con un gran cansancio de mar.

El mar de mi tierra es un pobre mar pueblerino, que se pasa las horas jugando con caracoles grises y algas sin color. Y ni siquiera le queda el recurso de la melancolía. Porque si las velas de sus veleros son

opacas y sus tardes son sencillas y sus olas son débiles, el sol brillante y el cielo ofensivamente azul no le dejan el recurso de la melancolía.

Para ser mar de poesía, al mar de mi tierra le falta un pelícano, una gran ola altanera y azul, una vela blanquísima que haga trizas su horizonte, una roca oscura donde forjar un poco de espuma y un barco pintado de gris.

El mar de mi tierra con su largo muelle ocioso, con sus velas sucias, con linfa quieta de adolescentes ondas y en vez de pelícano un membrudo alcatraz, es un pobre mar pueblerino.

El Nacional, 1948

Séptimo círculo

Ciénaga

Cuando yo era pequeño, Ciénaga era un pueblo que comenzaba al final de un largo malecón. Y se llegaba allí en unos buquecitos que más parecían ser hechos para colgar al lado de un farol chino, de lo iluminados que se veían, que para navegar sobre las interminables curvas de los caños. A mí siempre me pareció cosa de cuentos, y más tarde de películas de Walt Disney, saber que al abrir los ojos, a los que la curiosidad había limpiado de sueño, un pueblo comenzaría a abrirse a lado y lado de un camino en alto y parejo. Era saber de memoria que después de llegar sería el caminar sobre la nata salitrosa de las calles, como si los pasos fueran palabras de sermones dominigueros que rompen la misma nata en las comisuras de los labios de los curas viejos.

De Ciénaga sólo se puede decir que comienza. Porque nadie podría precisar dónde termina. Los playones se abren a un lado como para indicar que podría ser más grande si algún día se le da al mar por la imposible idea de detenerla. Porque estos playones de pueblo no tienen la desolación de los playones que han adquirido cartas de presentación para meterse en los mapas del mundo. Aquí no se mueren las reses con el solo objeto de amontonar pintorescas naturalezas muertas para el uso de los caminos de turistas. Ni los gruesos cactus, que crecen en montones como si no les bastaran sus púas y su tremenda inutilidad para defenderse, ponen señales de tarjeta postal en su anchura brillante. Son playones que podrían levantar un rancho el día menos pensado y que a menudo lo hacen. Tal vez por esto las calles de Ciénaga, de lo anchas, no son sino playones a los que les fueron naciendo casas: unas detrás de otras y en línea recta.

Siempre que voy a Ciénaga tengo la sensación de que alguien se ha metido a jugar con los relojes y ha detenido el tiempo en algún momento del mediodía. Pero tal vez es el único sitio que conozco donde el tiempo,

obediente a los relojes, se mueve en círculos y no hacia adelante como en todas partes. Todo da vueltas alrededor de su templete, debajo de cuya cúpula colgaban siempre la cajita con la solución de la charada. Ahora me parece que la única razón de ser del templete es esa: para colgar la cajita de la charada. Sólo que lo han debido hacer más pequeño porque cuando uno tiene pocos años, por más que se esfuerza, no puede descubrir si los cinco centavos de gato, o los diez de elefante, que se aprietan ansiosamente en las manitas húmedas de helado y de salitre, van a identificarse con el insoluble misterio que encierra la pequeña caja suspendida.

Y este mismo desprecio por el tiempo que se mueve en línea recta le da a Ciénaga su personalidad de pueblo introvertido. Ni el mar que pide a gritos que lo llenen de barcos y de velas, ni la Zona que le manda todos los días un montón de trenes para ver si quiere irse, ni los playones que no saben qué hacer con tanto pueblo, han podido imprimirle una característica distinta. Todo sigue moviéndose alrededor de su templete y de su plaza: siempre vigilada por los curas que se pasean frente al atrio de la iglesia y a

la que limpiaron de murciélagos porque les ganaban como espectáculo cuando comenzaba a caer la tarde.

Y es que Ciénaga no puede cambiar, porque es un pueblo que de tanto vivir cuando los billetes sólo servirían para envolver las espermas en las cumbiambas interminables, se ha puesto ahora a descansar.

El Nacional, 1953

Séptimo círculo

Azorín

Conmigo el hablar de Azorín es un cuento de nunca acabar. El “pequeño filósofo” español con su gran capacidad para asombrarse ante las cosas pequeñas, siempre como un niño a quien le han dado un gran pizarrón verde y una ilimitada colección de pueblos para que juegue con ellos, ejerce sobre mí una fascinación especial. No es sino mencionarlo y comienzan a aparecer los hidalgos austeros, las muchachas de ojos tristes y de piel sencilla, las iglesias con sus espadañas donde suena sin oírse una campana. Los pueblos castellanos inician su desfile apacible, lentos y sin ruidos, como el trencito aquél que pasa en la noche mientras la flauta, el viejo y el niño lo acompañan en su increíble recorrido.

Pero sobre todo las muchachas que, de tan féminas y quietas, no parecen mujeres. Las muchachas de Argamasilla que se fueron muriendo de la tarde y de haberse enamorado.

Azorín de tan pequeño lo llena todo. Con su buena bondad de crítico complaciente se asoma a los clásicos con la misma actitud asombrada con la cual se detiene frente a la vitrina de una tienda de anticuario a enamorarse de un daguerrotipo de una muchacha que debía llamarse Antonia. Y él, para quien las palabras son como caminos para andar, regresa para decirnos: “Yo tomo un libro de Gracián para recuperar las palabras”. Y de Cervantes nos trae a Tomás Rueda, que se fue tornando de vidrio en Salamanca. Se va por los clásicos como por los caminos: descubriendo pueblos y tratando de don y de doña a quienes le salen al paso. Y descubre en ellos ese afán caminero que los distingue a todos. Porque los españoles no han hecho otra cosa que caminar.

Caminar a gritos como Baroja. Caminar lleno de canciones como Alberti y Federico. Caminar seguramente como Cela. O caminar dando tumbos como Valera.

Y de pronto aparece entre los que andan por los caminos del mundo, ese otro Azorín que habla en inglés y que casi grita tanto como Baroja: William Saroyan. Aparece con sus pueblos de California y su negro que pasa en un tren tocando una dulzaina, con manotas llenas de cosas pequeñas y ese tremendo asombro ante el día cotidiano. Saroyan está más cerca de Azorín que cualquier español, más cerca aún que Miró: quien también salió por pueblos blancos de Alicante, a ver cómo ahogaban los niños a los perros melancólicos y cómo se morían los estudiantes. Más cerca porque también las palabras le llenan su corpachón de armenio que nunca podría estarse quieto.

Y ahora he vuelto a hablar de Azorín porque Sartoris —azoriano trascendente— nos ha tirado un puñado de pueblos de Santander y nos ha dicho que a esos pueblos les ha faltado un Azorín. ¡Pero es que hay un pueblo al que no le haya hecho falta?

El Nacional, 1953

En el margen de la ruta

En todas las ciudades del mundo hay un artista que se quedó al azar, separado de la *troupe* que recorrió un día el horizonte que habría de paralizarse en las retinas del trashumante. Unas veces es el trapecista que, metido dentro de su *maillot* encarnado, mantenía en suspenso noche a noche el aliento de los miles de seres que se refugiaban bajo la carpa mugrienta para ver el abigarrado desfile circense. Otras es el artista segundón que después de rodar por las rutas del mundo encuentra en algún lugar, que no es su patria, el inesperado refugio femenino. Y las más es el músico que deja su puesto en la compañía de ópera para finalizar en cualquier puerto su *tornuée*.

Pero esta gente farandulera no olvidará nunca lo que fue la ilusión de su vida, alimentada con hambre y

privaciones. Y el trapealista hallará en el festejo benéfico la oportunidad de desenrollar su cordel de seda y de meterse dentro del apolillado *maillot*. Y el cómico segundón organizará una compañía lugareña donde él habría de ser el principal. Y el músico tratará de crear una afición musical para conseguir discípulos para sus lecciones. En todas las ciudades del mundo hay un cómico, o un músico, o un acróbata que se quedó un día por pura casualidad.

Angelo Negri, el músico italiano que yo vi morir en Guayaquil mientras dirigía la orquesta en la representación de “Cavallería Rusticana”, era uno de estos que se quedaron rezagados en la carrera de la *troupe*. La historia de Angelo Negri es la historia de todos los músicos italianos que dejaron regados por Suramérica las compañías de ópera que hacían su recorrido anual por estas tierras al terminarse en Europa la temporada de invierno. Negri se quedó en Guayaquil como pudo haberse quedado en Barranquilla o en El Callao. Y en Guayaquil comenzó la larga y trabajosa tarea de crear y conducir el gusto por la música de Rossini y de Mascagni, de hacer que los jóvenes aprendieran a tocar un instrumento, de

descubrir aptitudes musicales y auspiciar su desarrollo. La ciudad, como todos los puertos de América, respetaba y admiraba al maestro Negri pero no le hacía mucho caso. Poco a poco, alargando las vigi-
lias y sacrificando sus exiguas entradas, el constante italiano formó una orquesta filarmónica; después, y siguiendo la misma ruta trabajosa, consiguió hacer lo que había sido el sueño de su vida: un aceptable conjunto con que representar óperas.

Los esfuerzos, los desvelos y los trabajos de veinte años estaban ahí en ese modesto conjunto de ópera que haría su primera presentación con motivo del gran acontecimiento futbolístico que se desarrollaba en la ciudad. Cuando en la noche del 15 de diciembre el viejo músico se alzó frente a su atril para marcar los primeros compases del segundo acto, a sus espaldas resonaron formidables (...)7 con que el público consagraba la labor de una vida. Las notas con sus patas negras e irregulares comenzaron a danzar una danza amable de recuerdos ante los ojos anublados por las lágrimas del maestro Negri. El fin de veinte

7 Ídem, p. 13.

años fue desarrollando las escenas a medida que la música llenaba el espacio con su cuerpo sonoro. Una a una desfilaron las horas hasta llegar a los minutos del triunfo. Sobre el escenario finalizaba la presentación, el éxito se presentía completo, el maestro adivinaba la apoteosis que le brindaría ese público bondadoso y agradecido al caer el telón. Y su corazón cansado no pudo resistir el peso de la alegría, lo abandonaron sus latidos cuando más los necesitaba. El cuerpo del director cayó suavemente sobre el atril, la batuta describió una trágica parábola descendente y en la garganta de la rubia soprano se estranguló la nota del aria final.

El maestro Negri, como los soldados de la independencia americana, murió en su sitio, con las botas puestas.

El Nacional, diciembre de 1947 o enero de 1948

Tres estampas

LA LOCA DE GUAYAQUIL

La loca de Guayaquil mira el sol y recita versos que deben ser de un drama shakespereano: “Príncipe, ya el invierno ha deshojado los árboles. Príncipe, mira las bellezas de Babilonia.”

Esta loca es menudita y pacífica. Su mirada vaga por la monotonía del puerto como buscando un lugar donde asir sus pensamientos y memorias de mejores días.

Esta loca fue una gran artista. Sus ademanes teatrales, finos y desenvueltos. Sus palabras tonadas y firmes. Sus gestos elegantes. Todo denota en ella un pasado brillante. Esta loca interpretaba *Macbeth*.

Tan bien hacía su papel que se le convirtió de pronto en una realidad.

El río sube lento trayendo noticias de pleamar. El sol clava los muelles para que no suban también con los mástiles de los veleros. Y la loca de Guayaquil pasea bajo el engañoso frescor de los almendros y viendo cómo se colma la ría con la marea suelta los versos que deben ser de algún drama shakespeariano: “Príncipe, toma tu bajel, que ya suben las aguas. Príncipe, ya el invierno deshoja los árboles...”.

UN PUERTO EN LA NOCHE

Una calle sin nombre. Casas apretujadas que destacan sus contornos desdibujados en la niebla. Bogas silenciosos. Un borracho sin rumbo. Y esa comparsa que deambula en todos los puertos sin saberse nunca hacia dónde va. El buquecito pasa lento pitando desgadamente y las gentes del puerto suspenden su inactividad para mirar cómo remonta el río el barquichuelo dorado. Doce y treinta. La noche está completa ya y se detiene entera sobre el río. Una que otra lámpara protesta con un parpadeo a cada mon-

toncito de luz que le reclama la oscuridad. Una vela prolonga su insomnio hasta la última hebra del pabilo. El puerto está anclado en el centro de la noche. La marea sube lenta y el buquecito cruje al impulso de la hélice. Trabajosamente la quilla va abriendo un camino en el agua espesa y negra como asfalto. El puerto se ha quedado abandonado a la orilla del río, tirado sobre la rambla carcomida, ávida de buques. La niebla borra los últimos perfiles con su trapo gris. El puerto, levando anclas, huye arrastrado por la marea.

ESTAMPA DEL AMIGO FELIPE

El amigo Felipe hizo todo lo que estuvo al alcance de sus escasos medios para que los colombianos que vivíamos en “Chile 511” pasáramos una temporada agradable. No había entrado de lleno la mañana en el patio recortado del primer piso, cuando ya se sentían en los corredores de madera los pasos menudos del amigo Felipe, que iniciaba su diaria faena lustrando la gran escalera de mármol que hiciera construir hace cuarenta años un obispo enamorado. Pero esto pertenece ya a la historia de “Chile 511”,

la casa que regalara un obispo español a una linda monja guayaquileña, historia que habrá tiempo de relatar. El amigo Felipe, con su pequeña escobilla a cuestas descendía los escalones y se sentaba en el tallado portal para esperar al vendedor de sandías, que invariablemente lanza su grito apetitoso cuando suena en el cansado reloj de la Inmaculada la última campanada de las siete. El amigo Felipe, al columbrar la carreta del frutero, se levantaba presuroso y caminaba toda la cuadra de “Chile”, siguiendo con los ojos alargados los grandes botes de sandía que oreaban su pulpa grana en el malecón del Guayas. El amigo Felipe volvía silencioso a ocupar su puesto en el portal y sólo entonces, después de haber pasado el vendedor de sandías comenzaba la tarea que le habría de ocupar toda la mañana. Al llegar al último escalón la escoba diminuta del amigo Felipe, sonaba el mediodía en los relojes.

¿Qué se hacía el amigo Felipe cuando llegaba la tarde? Esto no lo pude averiguar nunca. Sólo después de las cinco se podía encontrar al amigo Felipe recorriendo bullicioso los corredores de “Chile 511”. Pero en la tarde no trabajaba, se dedicaba a seguir los paseos de “la niña Sofía”, la patrona.

Una de esas mañanas, el venezolano que nos llevó a “Chile 511” y yo, queriendo hacer un bien, fuimos la causa de que la escalera de mármol que debió ser el mayor orgullo del obispo no volviera a ser brillada por el amigo Felipe. La voz del venezolano bajó desde el segundo piso diciendo: “Amigo Felipe, mira chico, toma un sucre y a ver si te hartas de sandía y no te vemos todas las mañanas como al chivato del almanaque”.

Desde ese día, el amigo Felipe no volvió a esperar al frutero. Ni volvió a limpiar la escalera. Se había realizado su sueño, ya no era necesario tomar como pretexto la escalera para ver pasar las sandías. El amigo Felipe, un negrito de Esmeraldas, con sus cinco años y su medio metro de altura, perdió su seriedad y encontró muchas otras cosas en que gastar los reales que yo comencé a regalarle desde el memorable día en que se hizo realidad el sueño de muchos meses.

El Nacional, diciembre de 1947 o enero de 1948

Pueblos

PUEBLOS

Los pueblos que se apiñan a los lados de las rutas son desesperadamente iguales. Pasan sin dejar rastro, como escenas de un film monótono e invariable. Resbala la visión sobre su paisaje liso, sin aristas, buscando un lugar donde asir la emoción, que es al fin la que singulariza sus estampas enmarcadas en las ventanillas de los vagones. La memoria de estos pueblos está fija en el recuerdo con delgados nombres de mujeres, a cuyo conjuro surgió su altanera individualidad.

CUENCA

Cuenca vive su vida de olvido en el seno de la montaña. Cuenca es un pueblo que me recuerda a Puer-

to Lápiche, el de la famosa venta donde fue armado caballero Don Alonso Quijano. Cuenca se parece más al Puerto Lápiche de Azorín que al visto por el propio Cervantes. Aquí todo tiene ese aire cansado y polvoso que deben de tener las blasonadas aldeas españolas.

Como conviene a su condición, la iglesia de Cuenca es vetusta y colonial: de puertas claveteadas, de muros tallados en piedra y espadaña ennegrecida donde se aburren las campanas silenciosas. Las casas que rodean a la iglesia se han contagiado de su modo serio y pesado. Yo miro una de estas casas, veo su zaguán hondo y a su final la puertecita de rejilla y celosía. Miro atentamente esta puerta recatada pues estoy esperando que de un momento a otro la figura de un hidalgo legítimo se destaque de su marco, o espero que salga Don Pedro, o Don Cándido, o Don Juan, o Don Alfonso, o Don Carlos que es como nombra Azorín a los hidalgos de Argamasilla de Alba. Pero el automóvil va a alejarse por las calles empedradas de lajas oscuras y yo no puedo seguir esperando. Pero de pronto recorren el zaguán tres risas femeninas, se abre la puertecita misterio-

sa y tres muchachas deportivas, de blusas amplias y largas faldas a cuadros alegres, cruzan el pueblo vestido ofuscando al aire silencioso con sus brillantes raquetas de tenis.

RIOBAMBA

El hotel de Riobamba no quiere parecer menos moderno que otro cualquiera de una gran ciudad y en su terraza se baila todas las noches. La “rocola” riega los boleros con insistencia. Las parejas se apretujan porque la luna redonda empieza a “soltar frío”. Meche también ha venido a bailar al hotel.

Meche mira dulcemente con unos ojos claros. Cada vez que Meche levanta los ojos y mira, como ella sola sabe hacerlo y que yo no podría decir cómo es, me parece que algo pide. Y me parece también que lo que Meche pide es un beso. Por esto cada vez que Meche levantaba los ojos yo me sentía tentado de darle un beso.

Meche es delgada y pequeña. He llegado al hotel esta tarde y la he conocido porque vino a bailar acompañada de su hermana.

La música suena lenta y yo atraigo a Meche contra mí.

—Meche, tú miras como pidiendo un beso.

Meche trata de asombrarse y sonrío apenas.

—Meche, si tú miras a todos con esa mirada pedigüeña...

—Si yo mirara a todos así, no tendría gracia.

Meche descansa su cabeza en mi hombro mientras bailamos. Con mis labios heridos por el frío acaricio levemente el cabello claro de Meche. Y yo me pregunto ahora: ¿por qué yo no besé a Meche? Y no pude bailar de nuevo con ella porque Lilia sí sabía cómo bailar los boleros.

El Nacional, diciembre de 1947 o enero de 1948

El pueblo de Lilia

La mañana brumosa y fría irrumpe lenta en el cuarto empapelado del hotel. Las ruanas de pelo de vicuña y los pañolones negrísimos apresan en sus vueltas amplias montones de oscuridad. Sobre las calles empedradas no ha comenzado a moverse la vida quieta de este pueblo, trepado en las faldas de la montaña. Sin embargo, de una estación pequeñita que demora al final de una hondonada parte un tren horadando la mañana gruesa con su pitazo agudo. La tufarada de humo blanco traza figuras caprichosas en la com...⁸

Lilia, mi amiga de Riobamba, fue a Guayaquil a ver jugar a su equipo, pero perdió con Chile y ella no quiere verlo perder de nuevo. Los de la sierra y los costeños se odian con todas las ganas. Los serranos

⁸ Ídem, p. 13.

hablaban de la pérdida del equipo porque sólo jugaban los costeños. Para este partido se anunció que actuarían solamente los jugadores serranos. Toda la sierra arisca se volteó sobre Guayaquil. De todos los pueblos se vinieron los “longos” con sus sílabas sonoras. Pero este equipo también perdió. Y los serranos se volvieron cabizbajos a sus laderas.

Lilia me habla del paisaje. Lilia conoce de antaño la vía y conoce también los pueblos que pasan idénticos pero más luminosos a medida que el tren va alcanzando a la mañana (...) ⁹ nombres sonoros algunos altivos de la épica. Va ella numerando los pueblos y cada número que pasa suena más alto en mis oídos. Cada pueblo que pasa con el número sonoro colgado a su paisaje nos acerca más al pueblo donde Lilia tiene que bajar.

Los sauces y los nogales se empinan en el horizonte. El verde claro de los eucaliptos se va tornando insistente. Fuera del vagón el frío se apretuja contra los cristales de las ventanillas. Ya falta poco. Al pie de una colina dorada y verde, bajo un cielo que sostiene

⁹ Ídem, p. 13.

nen los pinos altísimos, surge un pueblecito de casas pequeñas, agachadas alrededor de la iglesia. Lilia sonrío apenas. Me duelen los la- (...) ¹⁰ no se van deteniendo los vagones. Este pueblo ha cobrado una desmesurada estatura. La estación no cabe en el marco de la ventanilla. Yo me despido de Lilia y la veo perderse entre los pañolones de las vendedoras de “chuye”. En esta estación no (...) ¹¹ otras. Porque Lilia y Meche se bajen aquí el convoy no hará distinción. Es que al maquinista no le gustan Meche y Lilia como me gustan a mí. ¿No había dicho ya que Lilia es hermana de Meche? ¿No?, ni había dicho que Lilia tiene el pelo negro y que es alta y tiene grave la voz y grandes los ojos.

La estación con su pueblecito a las espaldas recobra su verdadera dimensión. El frío se hace intenso. Los pueblos con sus estaciones de juguete van quedando regados a uno y otro lado de la vía como carga dejada por el tren.

El Nacional, diciembre de 1947 o enero de 1948

¹⁰ Ídem, p. 13.

¹¹ Id.



Editorial

PROVIDENCIA Y OTROS TEXTOS

Álvaro Cepeda Samudio

© Universidad del Norte, 2019

ISBN 978-958-789-161-4 (impreso)

ISBN 978-958-789-162-1 (PDF)

Una publicación de Editorial Universidad del Norte
para circulación y distribución gratuita
en el campus universitario

Edición: Zoila Sotomayor

Asistencia editorial: María Margarita Mendoza

Selección de textos: Adriana Rosas Consuegra

Corrección: Henry Stein

Diseño: Naybeth Díaz

Diagramación: Munir Kharfan de los Reyes

Universidad del Norte,
Km 5 vía Puerto Colombia
Área metropolitana de Barranquilla
(Colombia)

Impreso y hecho en Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. (Bogotá)
Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos . Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.



El **roble amarillo** es símbolo
de nuestro pasado terrenal y prenda
de nuestros futuros ideales.



Sobre la Colección Roble Amarillo

En 2014, con *Educación y humanismo desde la semántica del Caribe*, de Jesús Ferro Bayona, Uninorte inició esta colección de libros de bolsillo. Se trata de una selección de textos cortos de reconocidos escritores e intelectuales del Caribe colombiano, protagonistas de la cultura que nace en esta parte del país.

